

FRASCOS PARA NO OLVIDAR



Andrea Samaniego

Frascos para no olvidar

Frascos para no olvidar

por Andrea Samaniego

Amira tenía una colección secreta.

No eran fotos ni diarios. Eran frascos.

Docenas de ellos, alineados en una estantería polvorienta, cada uno con una etiqueta escrita a mano.

“El olor del pan recién horneado en casa”

“El sonido de papá riéndose en la cocina”

“La primera vez que anduve en bicicleta sin caerme”

Los frascos no tenían nada visible dentro, pero Amira sabía lo que guardaban.

Al abrir uno, cerraba los ojos... y el recuerdo regresaba.

Claro, cálido, como si no hubiera pasado el tiempo.

Cuando alguien le preguntaba por qué lo hacía, ella decía:

—Porque hay cosas simples que no quiero perder. Y la memoria a veces se nos escapa sin avisar.

Había frascos que no abría nunca:

“El último día en esa casa”,

“Esa conversación que no terminó bien”.

Pero los dejaba ahí. Porque también eran parte de su historia.

Había otros que abría seguido:

“La lluvia suave mientras leía un libro”

“El olor a ropa limpia de la abuela”

“El camino de regreso del colegio con mi mejor amiga”

Un día, Amira vio a un niño triste en la plaza.

Se le acercó y le dio un frasco vacío.

—Guarda lo que quieras aquí —le dijo—. A veces, guardar algo es el primer paso para no perderlo del todo.

Desde ese día, no solo coleccionaba recuerdos propios.

También enseñaba a otros a cuidar los suyos.

Porque lo que parecía pequeño... con el tiempo, se volvía valioso.

Y Amira lo sabía.

Andrea Samaniego aguirrezabal